

# Wayra

ESPIRITU SALVAJE

CANALIZADO POR JUAN PABLO SÁEZ-GIL

## ***El llamado***

Wayra vivía en una choza en el medio de la selva con su abuela y su abuelo. Su abuela era una mujer sabia que conocía el poder las plantas. Su abuelo era un hombre sabio que se comunicaba con los espíritus de la naturaleza.

A Wayra la gustaba caminar con pies descalzos sobre la tierra y trepar los árboles más altos.

—¡Wayra! —gritó su abuela— necesito un favor.

Wayra estaba en la cima del árbol más alto contemplando el vuelo de los pájaros. Cuando escuchó el llamado de su abuela bajó a los saltos entre las ramas como si fuera una ardilla voladora.

—Necesito que vayas hasta la casa de Doña Hortensia a pedirle algunas plantas —dijo la abuela.

Wayra nunca había ido tan lejos por el medio de la selva sin compañía.

—¿Sin que nadie me acompañe?

—Sí, ya estás en condiciones de atravesar la selva.

Wayra se puso feliz, vibraba de entusiasmo y valentía.

—¡Ya mismo voy!

—Calma, calma, no hay apuro. Ahora te doy un abrigo, la lista de plantas que necesito... ¡y un par de botas! No se puede caminar con los pies descalzos en la selva.

Wayra odiaba las botas, pero estaba tan feliz por la misión que no le importó cubrirse los pies. Se puso las botas, agarró su bolso y gritó:

—¡Voy!

—Calma, calma —repitió la abuela sonriendo— antes tu abuelo quiere decirte unas palabras. Está en la selva, junto al fuego.

Wayra dejó el bolso, se sacó las botas y fue corriendo a la selva a buscar a su abuelo.



## ***Las palabras del abuelo***

El abuelo de Wayra era un hombre mayor, de piel fuerte y arrugada, siempre con una sonrisa en el rostro. Estaba sentado sobre una piedra junto al fuego tirando ramitas para avivar la llama.

—¡Abuelo, abuelo! —llegó gritando Wayra—. ¡Tengo la misión de ir hasta la casa de Doña Hortensia al otro lado de la selva!

El abuelo sonrió por tanto entusiasmo, le indicó una piedra para que se siente y le sirvió una taza de té con plantas medicinales. Wayra se quedó mirando al fuego y el abuelo empezó a hablar:

—Mi valiente Wayra: estás por iniciar tu primer viaje por la selva sin compañía. La selva puede ser un lugar muy peligroso... si el caminante no tiene respeto por la naturaleza. Pero no hay nada que temer para quien camina con el corazón puro.

Wayra escuchaba con atención cada palabra que pronunciaba su abuelo.

—Debes saber que todo en la naturaleza tiene un espíritu: las montañas, los ríos, los árboles, los animales, los insectos, la lluvia, el viento, las piedras... Cada ser de la naturaleza piensa y siente como nosotros, aunque a veces parezca que son solo cosas sin inteligencia. Si respetas a la naturaleza, la naturaleza te respetará. No hay nada que temer. Si hablas desde el corazón, todos los seres te escucharán. Existe un idioma universal que todos entendemos... es el idioma del espíritu.

Wayra sentía que las palabras de su abuelo llegaban directamente a su corazón.



—Ahora vamos a invocar a los espíritus de la naturaleza para que te acompañen en tu camino.

El abuelo cerró los ojos, respiró profundo y prosiguió:

—La Tierra es nuestra madre, nos da la vida, nos protege y nos sostiene... porque todos somos sus hijos.

Wayra observó que mientras el abuelo hablaba la Tierra respiraba. Veía cómo la montaña en la lejanía se inflaba y se desinflaba como si fuera un enorme elefante dormido que respiraba lento y calmado.

—¡Madre Tierra, acompaña y protege a Wayra en su camino!

Wayra sintió un leve temblor bajo sus pies descalzos. El abuelo hizo un silencio y siguió hablando:

—El Agua es un ser que fluye y refresca. Se comunica con las emociones. Cuando tu corazón se cierra, tu energía se estanca y se pone oscura. Cuando tu corazón se abre, tu energía fluye y se vuelve pura...

Wayra sentía fluir la sangre por sus venas como si fueran ríos de agua cristalina.

—¡Hermana Agua, ayuda a fluir a Wayra en su camino con frescura y pureza!

Una sutil llovizna empezó a caer y Wayra abrió sus brazos al cielo para recibir la caricia de su hermana Lluvia. El abuelo continuó.

—El Fuego es un ser poderoso y peligroso... si no lo tratas con amor. Te puede quemar, pero también te puede iluminar. El Fuego se comunica con tus pensamientos. Sin Fuego tus pensamientos son oscuros. Con demasiado Fuego tus

pensamientos se consumen. Pero con el Fuego preciso tus pensamientos se iluminan...

Wayra permanecía con la mirada fija en la fogata. Las llamas bailaban con el humo y adoptaban diversas formas... arañas, monos, felinos...

—¡Hermano Fuego! Ilumina siempre el camino de Wayra con claridad y calidez.

En ese momento una gran llama se encendió en la fogata y un leve calor los envolvió.

—El Aire es el ser más sutil. Es invisible, por eso parece que no existe. Pero el Aire es la energía que nos mantiene vivos. Sin él no podemos respirar. Sin él las aves no pueden volar. El Aire se comunica con el espíritu, que también es invisible y parece que no existe, pero nos da la energía para vivir y nos permite volar...

Wayra respiraba profundamente y sentía que el espíritu del Aire ingresaba por su nariz y se dispersaba por todo su cuerpo.

—¡Hermano Aire! Acompaña a Wayra en su camino. Entrégale la fuerza para que pueda volar y cumplir la misión de su espíritu.

Un fuerte viento sacudió la vegetación, avivó la llama y revolvió la oscura y enmarañada cabellera de Wayra, que recibió el abrazo del Aire con una sonrisa.

—Nunca olvides que todos los seres de la naturaleza son tus amigos.

El abuelo abrazó a Wayra y se despidió con un saludo ancestral.



## ***La partida***

La abuela le dio una ración de pan y un bote de miel por si sentía hambre en el camino. Wayra los guardó en su bolso, se puso las botas y sonrió.

—No olvides las indicaciones —insistió la abuela— sigues el río hasta el puente, lo cruzas con cuidado, continúas por el sendero hasta la piedra negra, la rodeas sin acercarte demasiado, luego tomas el camino en dirección a la montaña lejana hasta llegar a una pradera, la atraviesas y encontrarás un pequeño bosque donde queda la casa de Doña Hortensia.

—¡Entendido!

—Camina con atención.

Wayra volvió a sonreír, le dio un abrazo a la abuela y se alejó caminando por el sendero, internándose en la selva.

La abuela quedó observando desde la distancia. Wayra se dio vuelta, le mandó un beso navegando por el aire y a la abuela se le escapó una lágrima de la emoción.



## *La espina*

Wayra caminaba por la orilla del río quejándose de sus botas incómodas. Se sentó en una piedra, se sacó las botas y soltó un suspiro de alivio. Las guardó en el bolso y siguió caminando con los pies descalzos.

No pudo continuar por la orilla del río porque había piedras muy grandes y tuvo que adentrarse en la selva frondosa por senderos llenos de obstáculos. Había árboles caídos, charcos de barro, plantas espinosas... Wayra trepaba, saltaba, esquivaba y seguía.

Caminaba sin prisa observando la naturaleza minuciosamente, como si la mirase por primera vez, pensando que todo tiene espíritu, como le había explicado su abuelo. Se preguntaba si los árboles tendrán familia o si las plantas conversarán entre ellas.

Pensando en los espíritus de la naturaleza se distrajo y pisó una espina. Libró un grito tan fuerte que todos los pájaros de los árboles cercanos se fueron volando.

—¡Ay mi piecito!

Se sentó en un tronco de árbol caído y trató de quitar la espina que se había clavado en su pie, pero estaba muy hundida en la piel. Le dolía mucho. Intentó caminar, pero no podía siquiera apoyar el pie en el suelo. Se volvió a sentar en el tronco. Pensó que no podía seguir caminando, que ya no podría cumplir con la misión y que debía volver a su casa.

Lloró y una leve llovizna empezó a caer sobre la selva.

## **La lluvia**

Las lágrimas nublaron los ojos de Wayra y empezó a ver todo borroso. El paisaje se veía deformado. Los árboles se contorneaban como si fueran serpientes. Las plantas bailaban. Las flores se veían mucho más brillantes que antes y los insectos parecían más grandes. La lluvia era como un manto de colores brillantes que flameaba con el viento. Wayra miró al cielo con bronca y gritó:

—¡Lluvia! ¿Por qué llueves justo ahora que estoy triste?

Entre las gotas de lluvia brillantes se formó una gran boca y respondió:

—Lluevo justamente porque estás triste... si te pones triste yo me pongo triste... si lloras, yo lluevo.

—¿Si no dejo de llorar no vas a dejar de llover? —le preguntó Wayra.

—Mientras estés triste yo estaré triste —dijo la Lluvia—, pero dime... ¿por qué estás triste?

—Porque me clavé una espina y me duele mucho y no puedo seguir caminando.

—Yo te puedo ayudar —Sonrió la Lluvia—. Si te pones un poco de barro, tu herida va a sanar... pero debes pedirle permiso a la Tierra, porque el barro se hace de agua y de tierra. Yo te regalo mi agua.

—¡Muchas gracias hermana Lluvia! —respondió Wayra con una gran sonrisa. Dejó de llorar y la Lluvia se fue.

Wayra se arrodilló y cavó un hueco en el suelo barroso, luego puso ambas manos alrededor del hueco y le habló a la Tierra en susurro:

—Madre Tierra... ¿puedo usar un poco de barro para sanar mi herida?

Sintió un temblor en el suelo y supo que la Tierra le había dado permiso. Se puso barro en la planta del pie y el dolor se calmó. Le agradeció a la Lluvia y a la Tierra por haber sanado la herida y se sentó a descansar.



## ***El rescate de la Reina***

Wayra cerró los ojos un momento pero no podía relajarse por la cantidad de mosquitos que había a su alrededor, picándole la piel y zumbando en su oreja. De pronto sintió un cosquilleo en sus piernas. Cando abrió los ojos notó que una fila de hormigas estaban escalando por su cuerpo. Lanzó un grito, se subió a un tronco y se sacudió el cuerpo para librarse de ellas. Había hormigas por todos lados. Eran pequeñas y rojas. Parecía una invasión.

Wayra estaba de pie sobre el tronco sacudiéndose las hormigas, cuando una pequeña hormiguita logró trepar hasta su oreja. Estuvo a punto de sacudirla de un manotazo cuando escuchó:

—¡No me mates! No te queremos hacer daño.

Wayra quedó inmóvil. Se calmó y exclamó:

—¡Me asustaron!

—Perdón —respondió la Hormiga— estamos desesperadas...

—¿Qué les ocurre? ¿Por qué andan todas corriendo como locas?

—¡Perdimos a nuestra Reina! —dijo la Hormiga triste—. La estamos buscando por toda la selva.

—¿Ustedes tienen una Reina? ¿Acaso son todas esclavas?

—¡No! Somos una comunidad. Somos todas trabajadoras. La Reina es la hormiga más sabia, es la que sabe gobernar.

—Ah... y ahora que no está la Reina no saben gobernarse y están todas desorganizadas...

—¡Claro! Y no sabemos cómo organizarnos para buscarla.

—Yo las puedo ayudar, desde esta altura puedo ver más que ustedes.

—¡Gracias! —respondió la Hormiga con entusiasmo.

—¿Dónde la vieron por última vez?

—En el palacio. Estaba sentada en su trono.

—Vamos para ahí...

Wayra caminó en dirección al hormiguero, con la Hormiga en la oreja y una larga fila de hormiguitas rojas que marchaban por detrás. El palacio de las Hormigas era una gran pirámide de tierra con cavernas interiores. Wayra, por supuesto, no podía entrar al hormiguero porque la entrada era demasiado pequeña. Se sentó a pensar y con su mirada investigó el lugar.

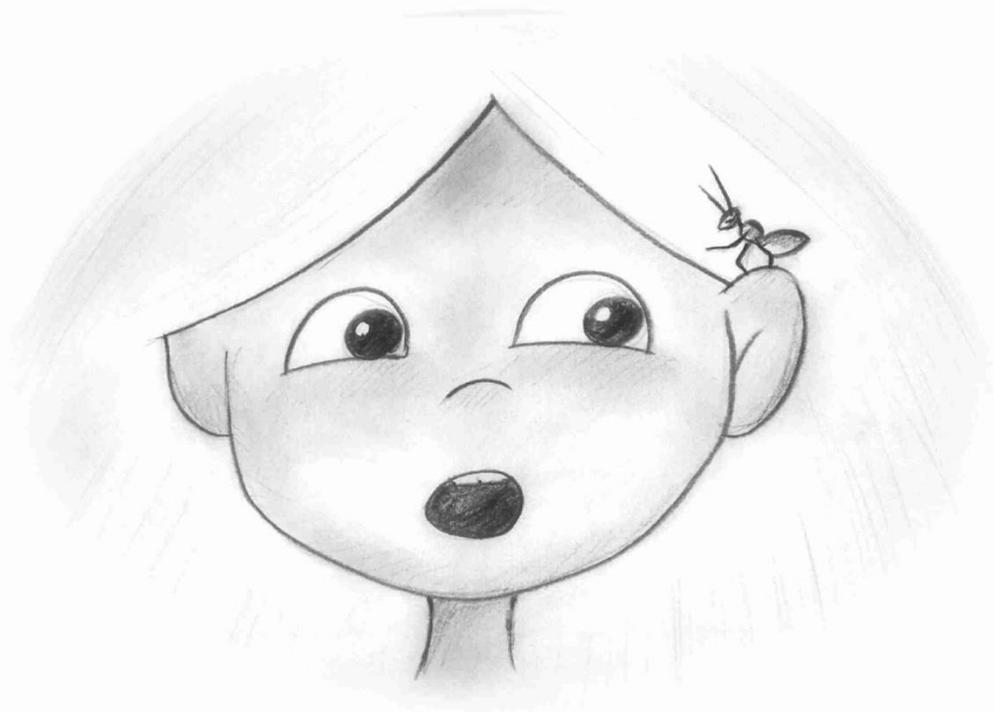
—¿Ya buscaron en los alrededores?

—En cada rincón...

—¿Subieron a los árboles?

—Un grupo de Hormigas Escaladoras trepó, pero no encontraron nada...

Wayra inspeccionó el lugar hasta que observó una trampa.



—¿Buscaron en aquella telaraña?

—¡No! —gritó aterrada la Hormiga—. ¡No nos podemos acercar ahí! Es la zona prohibida.

Wayra se levantó y se dirigió a la telaraña que colgaba entre dos árboles. La revisó minuciosamente y encontró a la Reina atrapada entre los hilos.

—¡Encontré a la Reina! —gritó.

—¡Libérala, por favor! —pidió la Hormiga, que se había escondido entre los pelos de Wayra por miedo a la araña.

—¡Liberen a la Reina! —gritaban las Hormigas desde el suelo.

Con tanto escándalo salió la araña de su cueva entre las ramas del árbol. Era grande y peluda. Miró a Wayra amenazante y le gruñó como si fuera un puma. Wayra la miró fijamente y dijo con calma:

—Hermana Araña, tienes atrapada a la Reina de las Hormigas. Necesito que la liberes.

La Araña gruñó otra vez y respondió:

—Es mi comida, yo la cacé con mis propias patas.

—¡Mátala! ¡Mátala! —gritaba la Hormiga en la oreja.

—¡No! No puedo matarla —susurró Wayra—. Todos los seres de la naturaleza son mis amigos.

—Yo no tengo amigos —rezongó la Araña.

—Podemos hacer un intercambio —dijo Wayra—. Si liberas a la Reina...

—No hay nada que me interese más que un insecto —dijo la Araña.

Wayra se puso a buscar algo interesante en su bolso para ofrecerle y encontró el bote de miel que su abuela le había dado por si sentía hambre. Metió el dedo en el bote y le hizo probar la miel. La Araña la saboreó y enloqueció de dulzura.

—¡Quiero más! —gritó la Araña.

—Te doy todo el bote... pero debes liberar a la Reina y prometer que no volverás a molestar a las Hormigas.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo prometo! —gritó la Araña, ansiosa por la miel.

Wayra le dio el bote de miel a la Araña y liberó a la Reina de las Hormigas. Todas las Hormigas Rojas festejaron y la pequeña Hormiga en su oreja le dijo que harían una fiesta en su honor por haber rescatado a la Reina. Pero Wayra tenía una misión que cumplir, no podía distraerse.

—Gracias, hermana Hormiga, pero debo seguir mi camino...

La Reina le obsequió a Wayra una pequeña ofrenda de hojas mágicas que tenía guardada en la bóveda real y dispuso que una comitiva de Hormigas Exploradoras le muestren el camino al río. Cuando llegaron a la orilla se despidió de sus amigas y siguió su viaje.

## ***Las heridas***

Wayra caminaba feliz entre los espíritus de la naturaleza. La espina seguía metida en su pie y los mosquitos seguían zumbando en su oído, pero ya no les prestaba atención. Wayra sonreía y saludaba con alegría a todos los espíritus de la selva.

—Adiós amiga Flor...

—Que tenga lindo día padre Sol...

—Buen viaje para ustedes, hermanos Pajaritos...

—Buen día señor Árbol... ¡qué alto es usted!

Cuando observó al árbol altísimo que sobresalía por encima de todos los demás notó que tenía una herida en el tronco. Algún leñador había intentado talarlo y le dejó un tajo muy profundo. Wayra se acercó, tocó su herida y se puso muy triste.

—Pobre arbolito... —Wayra lloró y una suave llovizna cubrió la selva.

El Árbol empezó a temblar, las hojas se sacudieron y varios pájaros salieron volando de su frondosa cabeza. Sobre el tronco se abrieron dos grandes ojos y una enorme boca de madera.

—No llores... —dijo el Árbol— no te pongas triste.

Wayra miró la bondadosa cara del Árbol, se secó las lágrimas y la lluvia cesó.

—¿No le duele la herida que tiene en su tronco? —preguntó.

—Ya no me duele, porque ha cicatrizado.

—¿Le dolió cuando la hicieron?

—Sí, me dolió —dijo el Árbol—, porque fue hecha con mucha violencia y con odio.

—¿Por qué es tan mala la gente?! —se lamentó Wayra con enfado.

—La gente no es mala... solo que algunas personas están un poco confundidas.

—¿No está enojado usted con el leñador que le hizo esa herida?

—No. Tengo compasión. Las personas que hieren a otros lo hacen porque han sido heridas también.

—Pero usted ha sido herido y no anda lastimando a los demás.

—Porque yo he logrado sanar mi herida. Para abandonar el sufrimiento es necesario sanar las heridas. Todos tenemos alguna herida que sanar.

—Sí, es verdad... yo tengo una herida en mi pie. Se me clavó una espina, pero la Lluvia me ayudó a sanar.

—¡Muy bien! —exclamó el Árbol sonriendo—. Pero hay heridas que son mucho más profundas... las heridas del corazón.

—¿Cuáles son las heridas del corazón?

—Son las heridas invisibles. No como el hachazo en mi tronco o como la espina en tu pie. Son sensaciones que generan tristeza en lo profundo de uno mismo.

—A mí me genera tristeza haber perdido a mi mamá y a mi papá... ¿es eso?

—Es exactamente eso —asintió el Árbol.

—¿Nunca se irá esta tristeza?

—Sí. Por supuesto que se irá... con el tiempo. Si abres el corazón a los demás podrás sanar la herida de tu corazón mucho más rápido.

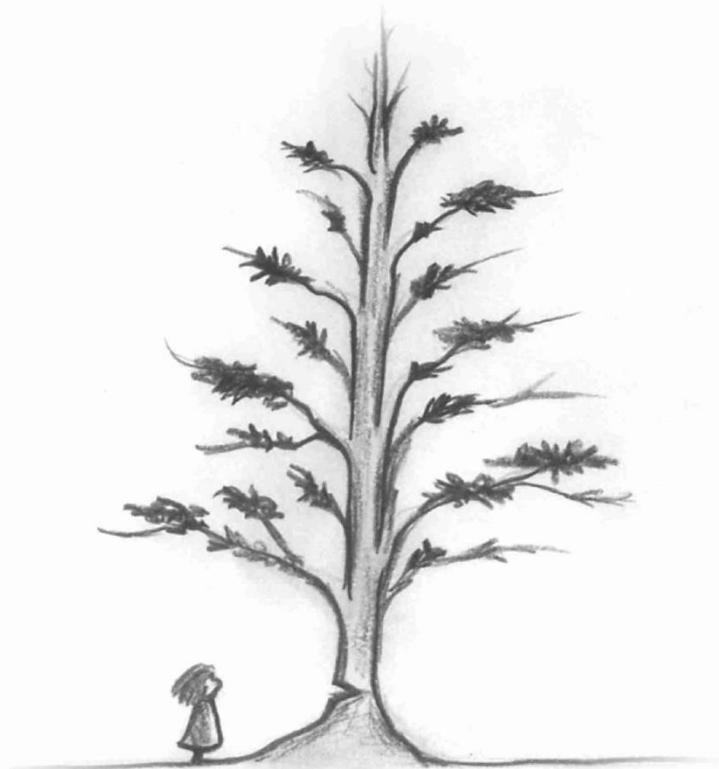
—Yo estoy abriendo mi corazón...

—¡Lo sé! —respondió el Árbol sonriendo—, por eso estamos hablando ahora.

Ambos rieron y siguieron conversando sobre las heridas, el corazón y el poder del espíritu. Luego Wayra le contó sobre sus abuelos y sobre la choza donde vivía. Le contó que le gustaba caminar con pies descalzos y estaba a punto de contarle que le gustaba trepar árboles, pero hizo un silencio. Se sintió culpable por haber trepado árboles sin siquiera pedirles permiso.

—A ustedes los árboles —preguntó con vergüenza— ¿les molesta que los trepemos?

El Árbol largó una crujiente carcajada que ahuyentó a todos los pájaros de su cabeza otra vez.



—¡Todo lo contrario! ¡Nos encanta! Nos sentimos acompañados y útiles. Por eso somos muy buenos amigos de los monos, las ardillas y las aves.

—¡Ah que alegría! —respondió Wayra con alivio—, porque a mí me encanta treparlos.

—¿Así que estoy hablando con la célebre personita trepadora que juega en los árboles de la selva? —preguntó el Árbol.

—¿Célebre, yo? —preguntó Wayra con sorpresa.

—¡Claro! Todos los árboles de la selva comentan de una personita trepadora... que juega en los árboles como si fuera una ardilla voladora.

—¡Sí, sí, soy yo! —gritó con emoción, ambos rieron y luego hicieron silencio—. Me gustaría seguir conversando con usted, pero tengo que seguir mi camino...

—Por supuesto. Ha sido un placer conocer a la célebre personita trepadora de árboles.

—Para mí ha sido un placer conocer al Árbol más sabio de la selva.

Wayra lo abrazó y el Árbol le acarició la cabeza con una lluvia de hojas secas que cayó sobre su pelo.—La próxima vez que pase por aquí treparé hasta su cabeza y le haré unos masajes en las ramas.

—¡Muchas gracias! —Sonrió el Árbol—. ¡Buen viaje!

Wayra siguió caminando con hojas en su cabeza y una gran sonrisa en su rostro.

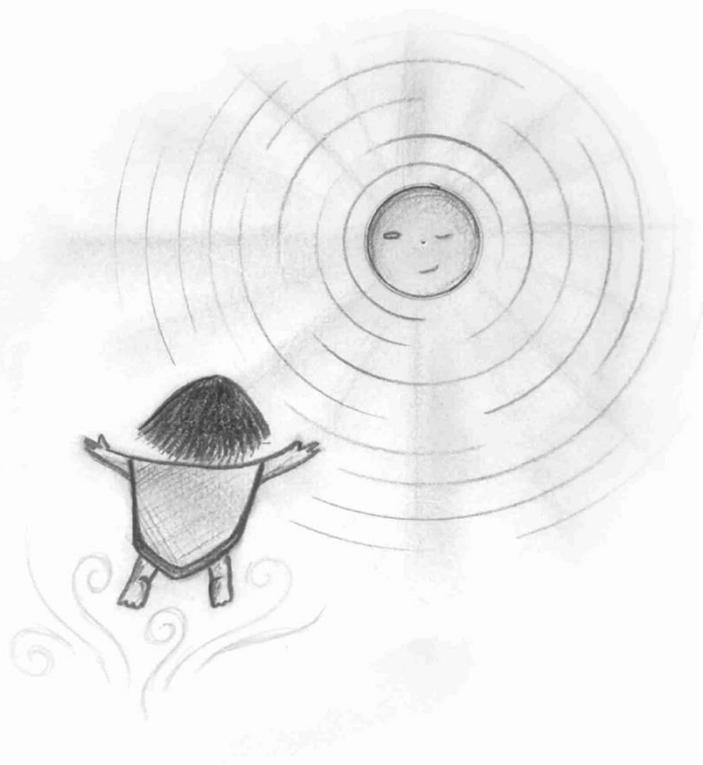
### ***Una invocación al sol***

La espina seguía incrustada en el pie, los mosquitos seguían picándole la piel y ahora, además, el calor era insoportable.

—¡Padre Sol! —gritó Wayra mirando al cielo— te agradezco por tu luz y tu calor... pero ¿podrías ser un poco menos caluroso? ¡Me estoy muriendo de calor!

Wayra sintió la calidez de una radiante caricia solar y luego el Sol se ocultó detrás de una enorme nube.

—¡Gracias! —gritó Wayra mirando al cielo y siguió caminando feliz, con mosquitos molestos, con la espina en el pie, pero al menos ya sin sufrir el insoportable calor.



## *El río que ríe*

Wayra llegó al cruce del río donde estaba el puente de madera colgante que debía atravesar para seguir su camino. Cuando puso un pie sobre la primera tabla de madera todo el puente tembló y las maderas crujieron. De inmediato dio un salto hacia atrás del susto.

—No... no... no puedo ser tan cobarde —se recriminaba— soy una persona valiente, no me puedo asustar por un simple puente colgante.

Tomó coraje y avanzó, lentamente, sobre el puente. Daba un paso y sentía un crujido de la madera. Otro paso, otro crujido. Se aferraba a las sogas que formaban la baranda, pero el puente se balanceaba como una hoja en el agua. Cuando pasaba un viento fuerte todo el puente temblaba.

—¡Hermano Viento, por favor, ahora no! —gritaba Wayra aferrándose a la baranda, mientras el puente se bamboleaba con el Viento— después prometo jugar todo el tiempo que quieras, pero ahora por favor no.

El Viento se calmó, pero el puente seguía crepitando con cada paso que avanzaba, lenta y cuidadosamente. En un momento Wayra percibió una sombra negra detrás de sí y se asustó. Pensó que era un espíritu oscuro de la selva y empezó a correr por el puente. Corrió tan atolondradamente que justo pisó la tabla más vieja y rotosa. La tabla se quebró, Wayra cayó al río sin poder sostenerse y se sumergió en el agua. El río venía revuelto y caudaloso, su cuerpo se sacudía de un lado para el otro. Apenas podía respirar y gritaba con desesperación:

—¡Ahhh! —Y se hundía. —¡Ahhh! —Y se volvía a hundir. —¡Ahhh! —Y otra vez al fondo del río.

Luego de mucho esfuerzo logró aferrarse a un pedazo de tronco que flotaba a su lado y pudo relajarse. Respiró profundo y gritó:

—¡Hermano Río! ¡Espíritu del Agua! Por favor, cálmate un poco, si no lo haces moriré...

En ese instante el río se calmó. Wayra logró sentarse sobre el tronco y notó que a su alrededor se formaba un remolino. Una pequeña ola se levantó debajo del tronco y quedó flotando a gran altura. Luego una inmensa ola se elevó justo en frente suyo y empezó a moverse con forma de boca.

—¿Quién se atreve a calmar mi vigoroso caudal? —dijo la voz tempestuosa.

—¡Perdóneme señor Río! Mi nombre es Wayra —dijo con temor—. Me caí del puente sobre sus aguas y estaba a punto de ahogarme...

—¿Qué tipo de animal eres?

—Soy un animal humano.

—Humanos... Ustedes son los animales que contaminan mis aguas. ¿Por qué yo debería salvarte?



—¡Porque yo nunca contamina las aguas! —se justificó Wayra y agachó la cabeza—. Le pido perdón en nombre de la humanidad por el daño que hicimos...

—Está bien —dijo el Río compasivo—, tu corazón es noble y sincero... te voy a rescatar. Pero prométeme que siempre vas a cuidar la pureza del agua.

—Claro que sí... ¡lo prometo! —gritó Wayra— y además les comunicaré a todos los demás seres humanos que deben proteger las aguas... ¡porque un Río me salvó la vida!

El Río rio y sus aguas se calmaron. La corriente llevó el tronco hasta la orilla y Wayra pudo salir. Rescató su bolso que había quedado enganchado a una piedra, se recostó con todo su cuerpo mojado y suspiró del cansancio.

### ***Otra invocación al sol***

La espina seguía en su pie, los mosquitos seguían zumbando y ahora, además, tenía todo su cuerpo mojado. Miró al cielo y sonrió.

—Padre Sol... —dijo— siento mucho molestarte otra vez... pero, como verás, tengo todo mi cuerpo empapado —juntó sus manos a modo de súplica y rogó— ¿podrías darme un poco de calor para secarme y seguir mi camino?

El cielo se despejó por completo y los rayos de Sol inundaron el cuerpo de Wayra.

—¡Muchas gracias gran Sol! —le agradeció sonriendo—. Prometo no volver a molestar... al menos por el momento.

Se recostó en el suelo para terminar de secarse y quedó pensando en cómo encontraría ahora la piedra negra.



## ***El secreto de la selva***

Cuando su ropa y su pelo estuvieron un poco secos, Wayra tomó su bolso y emprendió la caminata otra vez. Decidió regresar hasta el puente para tratar de encontrar el sendero hacia la piedra negra. Pero apenas se puso en movimiento vio de reojo una sombra negra entre el follaje. Pensó que era el mismo espíritu oscuro que había aparecido en el puente y salió corriendo, otra vez, internándose más en la selva.

Cuando pasó el susto había corrido tanto que ya no sabía hacia dónde quedaba el río, no tenía idea dónde estaba el puente y no había forma de llegar hasta la piedra negra. Se había extraviado en el medio de la selva.

La espina le molestaba en el pie... los mosquitos le picaban la piel... su ropa seguía un poco mojada... y ahora, para colmo, se había perdido. Quiso llorar, pero su tristeza se transformó en enojo y le gritó a los mosquitos:

—¿Por qué no dejan de zumbarme en la oreja de una vez por todas?!

Los mosquitos seguían zumbando y Wayra más se enojaba. Sacudía las manos, pero los mosquitos más molestos se ponían.

—¡Basta! —gritó con enojo.

El zumbido se hizo cada vez más fuerte y más molesto. De repente, en medio del enojo, Wayra empezó a notar algo raro en el zumbido de los mosquitos. Cuando

zumbaban era como si dijeran algo. Como un murmullo de miles de voces hablando al mismo tiempo. Prestó más atención y logró percibir algunas palabras sueltas:

—Bzzz... cuidado... bzzz... el Gran Concilio... bzzz... exterminados... bzzz...

—¡No entiendo nada! —gritó Wayra—. Hablen uno por vez...

De pronto todos los mosquitos se callaron y quedó uno solo zumbando tan bajito que apenas se lo escuchaba.

—¡No se escucha nada! —se quejó Wayra—. ¿Por qué no se organizan?

Los mosquitos le hicieron caso, se pusieron de acuerdo y empezaron a zumbar al mismo tiempo, hablando las mismas palabras. De a poco el zumbido se fue transformando en una voz vibrante y temblorosa.

—¿Ahora nos escuchas? —dijeron los Mosquitos formando una gran nube de mosquitos.

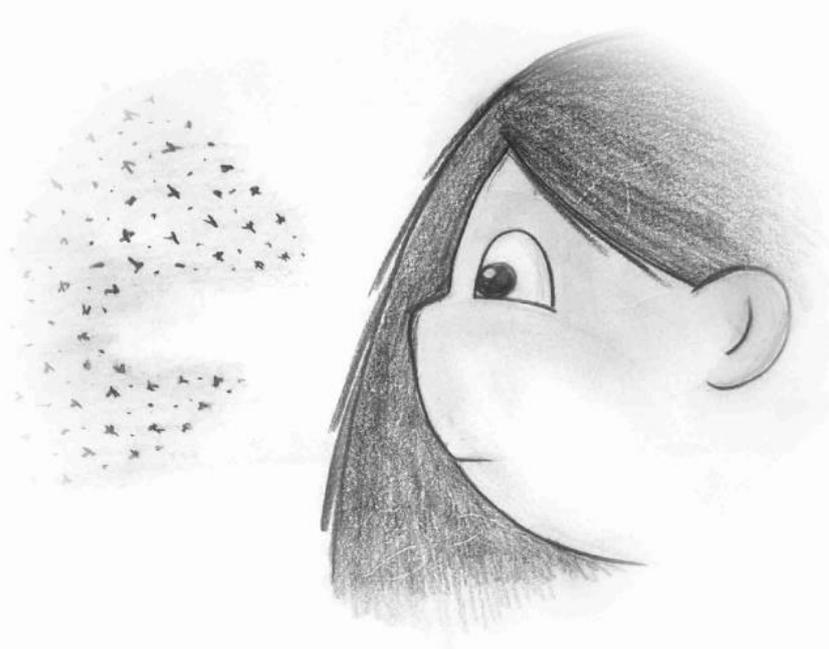
—¡Sí! Ahora los escucho, fuerte y claro —respondió Wayra con entusiasmo—. Me pueden decir... ¡¿por qué son tan molestos?!

—¡Porque nadie nos escucha!

—¿Cómo que nadie los escucha?

—Hace años que les hablamos al oído a todos los seres humanos, pero nadie nos escucha... y encima nos espantan con manotazos.

—Pero ustedes hablan muy despacito...



—También les pellizcamos la piel para que nos presten atención... ¡y nos intentan matar!

—Picarnos no es la forma más amable de llamar nuestra atención...

—¿Qué otra cosa podemos hacer? ¡Es muy importante lo que tenemos para decirles!

—¿Ah sí? —preguntó Wayra con curiosidad—. ¿Y qué es lo tan importante?

—Es un secreto del Gran Concilio de los Espíritus de la Naturaleza.

—¿Qué es el Gran Concilio de los Espíritus de la Naturaleza?

—Cada noche de luna llena todos los espíritus de la selva nos reunimos en un lugar secreto...

—¡Qué divertido! —exclamó Wayra— ¡Una fiesta!

—¡No! —zumbaron los Mosquitos molestos—. El Gran Concilio es una reunión seria, donde se tratan temas serios.

—Ah... ¿y cuál es el secreto que nos quieren contar?

—En los últimos Concilios el tema principal siempre es... el ser humano.

—¡Yo pertenezco a la especie humana! —Sonrió Wayra con orgullo.

—Sí, lo sabemos. Pero no es para enorgullecerse.

—¿No?

—¡No! ¡Los seres humanos están destruyendo la selva!

—¿Destruyendo la selva? —repitió Wayra como si fuera un eco.

—En el pasado casi todo el planeta estaba cubierto de selva. Pero cada vez quedan menos espacios verdes. Si los seres humanos siguen así... ¡terminarán por exterminar toda la naturaleza!

Wayra se puso triste y se avergonzó por pertenecer a la especie humana. No supo qué responder en su defensa. Quedó en silencio y los Mosquitos continuaron hablando:

—En los últimos años el Gran Concilio decidió que la única forma de evitar esa catástrofe es... exterminando a la especie humana.

—¡No! —gritó Wayra con tristeza—. ¿Por qué?

—Ya intentaron todo para advertirles —relataron los Mosquitos—. Los espíritus del Agua llamaron la atención con inundaciones, los espíritus del Fuego con incendios, los espíritus del Aire con vendavales y los espíritus de la Tierra con terremotos... ¡Pero aun así no se dan cuenta del desastre que están generando!

Wayra se puso triste. Se sentía culpable por todo el daño que su especie le hacía a la selva.

—Nosotros queremos advertirles —dijeron los Mosquitos—, porque les tenemos compasión y no queremos que sean exterminados.

—Gracias —alcanzó a decir Wayra.

—¡Por suerte nos escuchaste!

—¡Voy a difundir el mensaje que me dieron!

—Ojalá todos los espíritus de tu especie lo escuchen.

—¡Gracias hermanos Mosquitos! ¡Son los insectos más buenos de la selva! Y... perdón por espantarlos siempre —Wayra se avergonzó.

—Ahora que ya escuchaste lo que teníamos para decirte te vamos a dejar en paz.

—¡Ahora creo que los voy a extrañar! —Sonrió Wayra.

Mientras los Mosquitos se dispersaban Wayra recordó que no sabía el camino hacia la piedra negra y les preguntó:

—Por casualidad ¿saben dónde queda la piedra negra?

—Sí, pero cuidado, es una piedra magnética. Si pasas demasiado cerca puede atraerte y atraparte para siempre.

—Está bien, tendré cuidado —respondió en susurro.

La nube de Mosquitos le indicó el camino hacia la piedra negra, se despidieron con un zumbido y se dispersaron en el aire.

## ***Los miedos***

Wayra caminó por un sendero en el medio de la selva y llegó hasta una pequeña pradera circular. En el medio de la pradera estaba asentada la gran piedra negra. Era tan grande como una casa y tan negra como la noche más oscura. Era verdaderamente muy atractiva. Cuando los rayos del sol chocaban sobre su superficie se generaban unos reflejos plateados que la hacían parecer una piedra preciosa.

Wayra debía rodearla para seguir el sendero en dirección a la montaña, según las indicaciones de su abuela. Caminó cautelosamente a su alrededor mientras observaba con asombro su belleza. Sin darse cuenta se fue acercando hasta quedar a solo unos pocos centímetros de ella. Quedó mirándola fijamente durante un instante. No pudo resistirse y quiso tocarla. Estiró sus brazos, apoyó ambas manos sobre su fría superficie y sintió una vibración en su cuerpo, como una descarga de energía.

Cuando quiso quitar las manos para seguir su camino no pudo hacerlo, estaban pegadas a la piedra. Intentó soltarse desesperadamente, pero no pudo. Finalmente se rindió y quedó mirando con tristeza a la piedra. Luego de un momento calmó su respiración y dijo:

—Amiga Piedra Negra... ¿por qué no me dejas ir?

La gran Piedra Negra tembló por un instante y empezó a hablar a través de una grieta horizontal que había en su superficie:

—Yo no te retengo —respondió la piedra con voz rocosa—. La pregunta sería: ¿por qué no te quieres soltar?

—No es verdad —dijo Wayra con seguridad—. Yo quiero seguir mi camino, pero no puedo despegar mis manos.

—Yo no tengo poder para atraer los cuerpos...

—¿Y entonces...?

—Yo sólo tengo poder para atraer los miedos...

—¿Los miedos? —preguntó Wayra sin comprender y sin poder despegar las manos todavía.

—Yo atraigo los miedos de los seres que pasan cerca de mí, los absorbo y los transformo en parte de mi cuerpo. Por eso soy tan oscura.

—Eso es muy bueno, porque le quitas los miedos a los demás —comentó Wayra—, pero no entiendo por qué yo no me puedo despegar de tu superficie.

—Porque te has pegado a tus miedos y no los quieres soltar.

—Entonces... ¿mis miedos quedaron pegados a tu cuerpo negro y yo no me puedo despegar porque no quiero soltar mis miedos?

—¡Exacto! —respondió la Piedra Negra.

Wayra quedó pensando en sus miedos. Había enfrentado el camino de la selva con mucho valor y se sentía una persona muy valiente

—¿Qué miedos has atraído de mí? —preguntó.



—¿Cual crees que es tu mayor miedo?

—¿El espíritu oscuro que me viene siguiendo?

—Eso no es miedo... eso es un susto nada más. Hay un miedo más profundo aún.

Wayra no sabía cuál podría ser su miedo más profundo. Entonces pensó en su abuela y en su abuelo... pensó en lo lejos que estaba de su hogar... pensó en su mamá y en su papá... sintió la soledad...

—¿Miedo a la soledad? —preguntó vacilante— ¿miedo al abandono?

—Ahora sí te estás enfrentando a tu miedo más profundo...

Wayra explotó en llanto. Lloró desconsoladamente junto a la Piedra Negra y una tormenta cayó de repente. Wayra lloró bajo la lluvia durante un largo rato y la Piedra permaneció en silencio.

—¿Cómo puedo soltar el miedo a la soledad? —preguntó Wayra, aún con lágrimas en sus ojos.

—Debes abrir el corazón —dijo la Piedra Negra—, como dice tu abuelo.

—¿Mi abuelo?! ¿Conoces a mi abuelo?

—Claro que sí, pasó varias veces por aquí a dejar sus miedos. Siempre me habla de ti...

—¿De mí?

—Sí, también tu abuela... Son personas muy sabias.

—¿Ellos tienen miedos también? —preguntó Wayra con sorpresa—. Parecen muy valientes.

—¡Justamente! —exclamó la Piedra—. Todos tenemos miedos. La persona valiente es la que se enfrenta a sus miedos para poder liberarse de ellos.

—Entonces yo también voy a ser valiente —dijo Wayra con decisión y despegó de repente las manos de la Piedra—. ¡Adiós a todos los miedos!

Wayra dejó de llorar y la tormenta se calmó. Se despidió de la Piedra Negra con una sonrisa y siguió el sendero que llevaba a la pradera. El Sol se asomó otra vez entre las nubes y se formó un gran arcoíris en el cielo.

## ***El espíritu oscuro***

Wayra siguió caminando por el sendero que se dirigía a la pradera. Cada vez estaba más cerca de su destino.

Seguía percibiendo el espíritu oscuro entre los árboles pero ya no le temía, porque había abandonado todos sus miedos en la Piedra Negra.

Se subió hasta la copa de un árbol para observar su camino y se alegró al ver que le faltaba poco para llegar a la pradera. Bajó del árbol, le agradeció y siguió caminando con entusiasmo.

Cuando llegó a la pradera volvió a sentir la presencia del espíritu oscuro a sus espaldas. Quiso salir corriendo velozmente a través de la pradera para ocultarse en el bosque que quedaba en el otro extremo, pero decidió no reaccionar con miedo y se dio vuelta para enfrentar al espíritu oscuro.

Entre el follaje de la selva vio una pantera negra que miraba fijamente. Wayra quedó inmóvil y también miró fijamente a la pantera negra. Durante un largo silencio se miraron de manera penetrante. Wayra pensó:

—No tengo miedo.

La Pantera Negra respondió, también con el pensamiento:

—Deberías tenerlo... porque voy a cazarte y comerte.

—¿Por qué a mí? —pensó Wayra.

—Porque eres una presa fácil —respondió la Pantera.

—No soy una presa fácil.

—Si hubieras corrido por la pradera ya estarías entre mis garras.

—Pero no corrí, porque ya no tengo miedo.

Wayra y la Pantera se miraban fijamente sin mover un solo músculo, como si fueran estatuas.

—Huelo tu miedo —pensó la Pantera.

—Y yo huelo el tuyo —pensó Wayra.

—¿Qué miedo puedo tener yo? —pensó la Pantera orgullosa— ¡Soy el ser más aterrador de la selva!

—Tienes miedo a no provocar miedo...

La Pantera lanzó un gruñido mostrando sus dientes afilados y relucientes.

—Y tienes miedo de abrir tu corazón a los demás...

La Pantera gruñó más fuerte aún.

—Aunque quieras cazarme, no te tengo miedo —pensó Wayra con una sonrisa—. Yo igual te quiero, porque todos los espíritus de la selva son mis amigos... ¡incluso los espíritus oscuros!

La Pantera siguió gruñendo y lentamente empezó a acercarse, como si estuviera a punto a atacar.



—Ahora voy a cruzar la pradera caminando —pensó Wayra con seguridad— si me quieres atacar no me importa, yo igual te voy a seguir queriendo.

Wayra le dio la espalda y empezó a caminar con paso firme y lento, sin mirar atrás.

La Pantera quedó paralizada. El instinto la impulsaba a atacar, pero una fuerza misteriosa la detenía. Observó en silencio cómo su presa caminaba lentamente dándole la espalda.

Wayra atravesó la pradera sin temor. Cuando llegó al bosque, en el extremo opuesto, se dio media vuelta y la saludó con una sonrisa.

La Pantera Negra permaneció inmóvil.

### ***Los dueños del bosque***

Wayra se sentía feliz. Había logrado superar todos los desafíos y ya estaba en el bosque donde quedaba la casa de Doña Hortensia. El bosque parecía pequeño, pensó que llegaría rápido.

Caminó y caminó, pero la casa no apareció. El bosque cada vez se hacía más frondoso, tan frondoso que apenas dejaba pasar la luz del sol. Era un bosque oscuro y extraño. Caminó por todos los senderos pero no encontró la casa. Quiso trepar un árbol para observar desde lo alto, pero todos los árboles estaban envueltos en espinas.

Empezó a percibir, entre las hojas, miradas que acechaban en la sombra. Sintió desamparo y soledad. De repente comenzaron a caer pequeños frutos de los árboles. Levantó su cabeza y observó una manada de monos entre las ramas. Los monos rodearon a Wayra aullando y saltando.

—¡Hermanos Monos, no me hagan daño, podemos ser amigos!

El más grande de los Monos se paró en una rama cercana y dijo:

—¡Este es nuestro territorio! Nadie pasa por aquí. —El Mono gruñó y todos los demás Monos gruñeron a su alrededor.

—Por favor —insistió Wayra— necesito pasar por aquí para cumplir mi misión. Ya estoy muy cerca.

—Busca otro camino.



—No hay otro camino.

—Entonces renuncia a tu misión.

—¡Jamás renunciaré! —Wayra permanecía firme.

—Si sigues insistiendo te atacaremos —afirmó el Mono y toda la manada se puso furiosa, intimidando a Wayra cada vez más de cerca—. ¡Fuera de nuestro territorio!

—¡No me iré! —gritó Wayra.

—¡Ataquen! —gritó el Mono.

En el momento en el que todos los Monos se abalanzaron contra Wayra se escuchó un terrorífico rugido que hizo temblar el bosque y una sombra oscura pasó a su lado. Los Monos se paralizaron por el susto. Era la Pantera Negra que había saltado delante de Wayra y les gruñía a los Monos agresivos.

—¡Estás invadiendo nuestro territorio! —le gritó el Mono a la Pantera.

La Pantera libró otro aterrador rugido, giró su cabeza y miró a Wayra con sus ojos felinos.

—Sigue tu camino —dijo la Pantera con el pensamiento— yo me encargo de estos monos insolentes.

—¡Gracias amiga Pantera! —pensó Wayra y salió corriendo.



## ***La soledad***

Wayra corrió sin mirar atrás, sin detenerse y sin saber a dónde se dirigía. No llegaba a ningún lado. El bosque se volvía cada vez más oscuro y se veía cada vez más siniestro. Parecía un bosque infinito. Empezó a desesperarse.

Entre el cansancio y la confusión perdió el equilibrio, tropezó con una rama y cayó rodando por una ladera. Quedó de espaldas entre las raíces de un árbol, con mucho dolor y sin fuerzas para seguir su camino.

Lloró desconsoladamente. Una llovizna empezó a caer y se formó un charco de barro a su alrededor. No tenía fuerzas para levantarse.

—Ahora sí no tengo a nadie —se dijo con su último suspiro—, moriré de soledad...

Se sentía tan débil que se entregó al cansancio, pensó que no se levantaría jamás. Cerró los ojos y todo se puso oscuro.



### ***Las palabras de la abuela***

La abuela estaba tejiendo junto al fuego del hogar, sentada en su sillón de mimbre, con una sonrisa en su rostro. Sin dejar de tejer empezó a hablar:

—Mi valiente Wayra... debes saber que no puedes morir de soledad, porque siempre estamos a tu lado... Tu madre, que te acompaña en el espíritu con su amor y con su fuerza... Yo, que siempre estaré presente para protegerte y guiarte en tu camino... También está mi madre –tu bisabuela– y su madre –tu tatarabuela– y la madre de su madre... y así hasta el infinito. Somos una legión de mujeres fuertes, sabias y soñadoras que te acompañamos siempre. Toda nuestra fuerza está en tus manos. Toda nuestra sabiduría está en tu espíritu. Todo nuestro amor está en tu corazón. Nunca... nunca tu alma estará sola.

La abuela hablaba con voz dulce y serena.

—Y ahora... ¡levántate y sigue tu camino, que ya estás muy cerca!

Hizo una pausa y luego le susurró al oído:

—Para llegar a la casa de Doña Hortensia debes seguir el camino de las flores...  
¡Arriba!



### ***El camino de las flores***

Cuando Wayra abrió los ojos la lluvia seguía cayendo en su cara. Estaba en el medio de un charco de barro, pero no le importaba. Invocó la fuerza de su madre, de su abuela y de todas las mujeres fuertes de su familia y se paró de un salto.

A lo lejos vio una hortensia celeste en el medio del bosque y salió corriendo hacia ella. Más adelante vio otra hortensia, rosada. Luego una blanca. Así fue siguiendo las hortensias que iban marcando el camino y finalmente encontró un gran portal de plantas lleno de hortensias de colores. Parecía un portal misterioso que llevaba hacia un mundo mágico.

Wayra lo atravesó y llegó al patio de la casa de Doña Hortensia. Saltó de felicidad, acarició todas las hortensias del portal agradeciéndoles la ayuda y corrió hacia la casa gritando:

—¡Doña Hortensia! ¡Doña Hortensia! ¡Llegué! ¡Sobreviví a la selva!



### ***Las plantas mágicas***

Doña Hortensia estaba sentada en su silla de ruedas preparando un té en la cocina cuando escuchó los gritos afuera de su casa. Se acercó hasta la ventana y vio a Wayra que venía corriendo, con la ropa cubierta de barro y con los pelos despeinados. Abrió la puerta trasera y preguntó sorprendida:

—¡Wayra! ¿Qué haces aquí?

—¡Lo logré! ¡Lo logré! —gritaba Wayra con emoción incontenible.

—¿Y tus abuelos? —preguntó Doña Hortensia viendo a los alrededores.

—¡No vinieron! ¡Llegué sin ayuda de nadie!

—¡Ah, pero que valiente! ¿No tuviste ningún inconveniente?

—Mmm... —dudó Wayra y sonrió— nada que una persona valiente como yo no pueda superar.

—¿Cómo está tu abuela?

—Muy bien. Me mandó a pedirle algunas plantas. Dijo que pronto vendrá a visitarla y que le pregunte cómo está su esposo.

—Mi esposo sigue muy enfermo —dijo Doña Hortensia triste— todavía no encuentro una planta que necesito para curarlo...

—Uhhh —se lamentó Wayra— ¿por qué no la encuentra?

—Porque es una planta muy rara —dijo Doña Hortensia. Sacó un libro grande y antiguo de la estantería y le señaló un dibujo—. Es esta.

—¡Yo la tengo! —gritó Wayra con entusiasmo—. Me la regaló la Reina de las Hormigas porque la salvé de una Araña hambrienta.

Doña Hortensia miró sonriendo. Wayra revolió su bolso, sacó las hojas mágicas que le había regalado la Hormiga Reina y se las mostró.

—¿Son estas?

—¡Sí, son estas! ¡Ahora podré preparar la medicina! —exclamó Doña Hortensia sorprendida—. ¿Dónde las encontraste?

—¡Me las regaló la Reina de la Hormigas como recompensa! —insistió Wayra—. ¿No me cree?

—¡Claro que sí! Cómo no creerle a una personita de corazón tan puro. Si vuelves a ver a la Reina de las Hormigas dile que estoy muy agradecida por estas hojitas mágicas.

Doña Hortensia le preparó la bañera para que se quite la roña y el cansancio, luego le ofreció un té con un pancito recién salido del horno y le entregó una canasta con todas las plantas que la abuela le había pedido.

Luego de darse un baño y alimentarse Wayra saludó con un abrazo a Doña Hortensia y emprendió el regreso a casa.

## ***El retorno***

Wayra salió por el fondo a través del portal de flores y siguió el camino de las hortensias.

Llegó hasta el territorio de los Monos. Caminó despacio para no hacer ruido, pero escuchó gritos y carcajadas que venían de los árboles, como si fuera una fiesta. Se acercó sigilosamente y vio que la Pantera Negra estaba divirtiéndose junto a los Monos. Cuando se percataron de la presencia de Wayra el Mono mayor dijo:

—¡Lo siento mucho por asustarte! ¡Ahora somos todos amigos! Pasa cuando quieras por aquí... nuestro bosque es tu bosque.

Wayra y la Pantera se miraron con ojos felinos y sonrieron.

Luego atravesó la pradera y se internó en la selva. Recordaba de memoria el camino por el que había venido. Llegó hasta la Piedra Negra y apoyó sus manos en ella.

—Tengo nuevos miedos para abandonar... ¿puedo?

—Claro que sí. Estaré aquí siempre que lo necesites... ¡no me iré a ningún lado!  
—bromeó la Piedra Negra, Wayra rio y siguió su recorrido.

En el camino se cruzó con la nube de Mosquitos y los saludó:

—¡Un placer conocerlos amigos! Díganle al Gran Concilio que no se apresuren a exterminarnos... ¡les prometo que dejaremos de destruir la selva!



—¡Paz y amor! —respondió la Araña—. Nunca más maldad, ahora soy dulce como la miel.

Llegó al sitio donde se había clavado la espina y notó que, con tantas aventuras, se había olvidado del dolor en su pie.

—Amiga Espina —dijo Wayra— te perdono por haberme pinchado. Aprendí mucho del dolor...

Sintió una voz adentro de su cabeza que le decía:

—Ahora ya soy parte de ti. Cuando un dolor deja de doler... pasa a ser parte de tu propio ser.

—¡Qué espina más filosófica! —pensó Wayra y siguió caminando.

Finalmente llegó a su casa. Dejó el canasto de plantas en el suelo y suspiró.

—Al parecer el camino de vuelta es mucho más corto que el camino de ida.

## ***La llegada***

Wayra abrazó cada árbol que alguna vez había trepado y les agradeció por dejarse trepar. Luego miró al cielo y agradeció al Sol, a la Lluvia y al Viento por la compañía. Se tiró al suelo boca abajo, abrazando la tierra, y agradeció a la gran Madre Tierra por estar siempre sosteniendo. Luego tomó la canasta con plantas y entró corriendo a la choza.

El abuelo estaba cocinando en el horno. La abuela tejía junto al fuego del hogar. El Sol se estaba ocultando y la tarde empezaba a refrescar.

—¡Lo logré! ¡Lo logré! —gritaba Wayra con emoción— aquí tengo las plantas que querías.

—¡Muy bien! —exclamó la abuela sonriendo—. Sabía que lo lograrías.

Le dio un abrazo a su abuela, luego uno a su abuelo y se sentó junto al fuego del hogar a relatar toda su aventura: contó sobre la Espina, la Lluvia y el Sol, las Hormigas y los Mosquitos, el poderoso Río, la extraña Piedra Negra, la Pantera, los Monos... y el extraño sueño que tuvo luego de tropezarse en el bosque...

—No fue un sueño —dijo la abuela con una sonrisa— yo siempre estuve a tu lado, nunca tu alma estuvo sola.

—¡Gracias! —dijo Wayra y la abrazó sonriendo.

—Y como premio por haber cumplido la misión —dijo orgullosa la abuela— te tejí un gorrito celeste, rosa y blanco...

—¡Como las hortensias del camino! —adivinó Wayra.

Se puso el gorro que la abuela le había tejido y los tres se sentaron a comer la comida que el abuelo había cocinado.

—Bueno, has recorrido un largo camino —dijo el abuelo—, ahora podrás descansar...

—¡No! Al contrario... ¡mi camino recién empieza! —exclamó Wayra—. Después de hablar con los espíritus de la naturaleza me di cuenta que van a necesitar mi ayuda. Los seres humanos hacemos mucho daño... ¡y yo no voy a descansar hasta que todos seamos buenos con la naturaleza!

—Tienes un espíritu muy valiente —dijo el abuelo.

—Soy solo un espíritu de la selva —dijo Wayra y siguió relatando sus aventuras.



## ***El Gran Concilio***

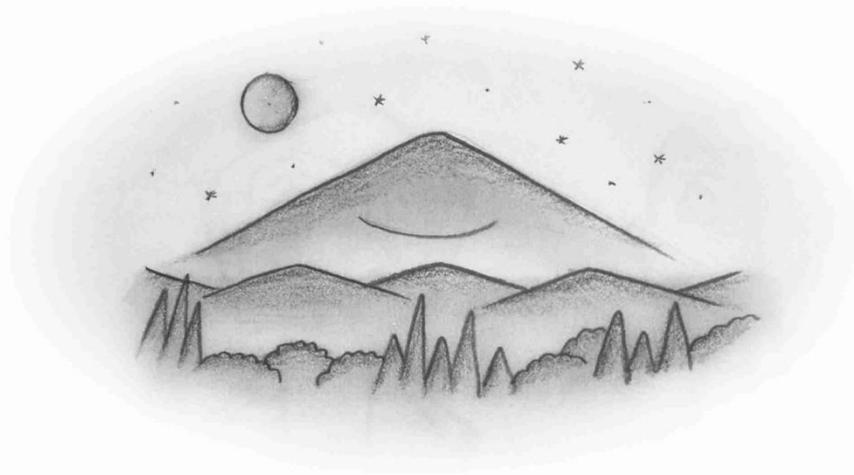
La siguiente noche de luna llena en un lugar secreto de la selva se reunió, como siempre, el Gran Concilio de los Espíritus de la Naturaleza.

Muchos hablaron sobre Wayra, ese pequeño espíritu salvaje que camina con el corazón abierto y que ama la naturaleza.

La gran Montaña, la más sabia de todos los presentes, habló:

—Es verdad que los humanos están destruyendo nuestra selva... Pero si una persona nos ha demostrado tener el corazón tan puro y tanto amor por la naturaleza, debemos confiar en que todos los demás seres humanos pueden ser iguales también... ¡Doy mi voto de confianza a la Humanidad!

Todos los espíritus de la selva aullaron al unísono y esa noche el Gran Concilio se transformó en una fiesta.



## INDICE

El llamado.....	2
Las palabras del abuelo .....	5
La partida .....	10
La espina .....	12
La lluvia.....	13
El rescate de la Reina .....	16
Las heridas.....	21
Una invocación al sol.....	26
El río que ríe.....	28
Otra invocación al sol.....	32
El secreto de la selva .....	34
Los miedos .....	40
El espíritu oscuro .....	45
Los dueños del bosque .....	49
La soledad .....	53
Las palabras de la abuela .....	55
El camino de las flores .....	57
Las plantas mágicas.....	59
El retorno .....	61
La llegada.....	64
El Gran Concilio.....	67



2019. Pisac, Perú

---

[juanpablosaezgil@gmail.com](mailto:juanpablosaezgil@gmail.com)